

## Día primero

1 de enero de 1355

*¿En quién pensar, ahora, sino en ti? Tú, que  
me despojaste de lo incierto y trajiste la  
mañana de mi noche.*

Nuno Júdice, *Pedro, lembrando Inês*

Frío, vacío, miedo, silencio. Luego, ni frío ni miedo. En verdad no siento nada. Mi alma libre vuela hacia otro lugar. Veo abajo el palacio, la huerta, el convento, el hospital, los verdes campos de Coimbra, el río Mondego, las colinas de olivos y la Fuente de los Amores allá lejos, cada vez más lejos. ¿Dónde me lleva el sueño? Ya no soy Inés de Castro, ya no soy nada. Y, sin embargo, siento que soy todo y que soy libre.

Despierto de pronto, me vuelvo en el lecho y busco el cuerpo de Pedro a mi lado, como hago todas las mañanas antes de despertar, en ese duermevela en que solo el alma nos guía, entre el sueño y el mundo. Hace varios días que partió con sus hombres, después de la Nochebuena, y solo Dios sabe cuándo volverá, pero mi cuerpo lo busca siempre y mi corazón tiembla por verlo incluso cuando no está a mi lado.

Siento el mundo detenido. La nítida luz de la mañana que traspasa las ventanas y atraviesa la ren-

dija entre las gruesas cortinas de terciopelo me dice que el día ha amanecido límpido y sosegado. La tormenta de ayer ha amainado, pero tanta lluvia habrá hecho subir de seguro las aguas del Mondego durante la noche. Las monjas temen que un día el río vuelva a saltar los muros e inunde el convento, como sucedió hace más de veinte años durante la primera gran crecida, cuando las obras de edificación todavía no habían terminado. Si tal desgracia sucediera, también yo moriría arrastrada por la furia del agua, pues el Palacio de la Reina, que es ahora nuestra morada, se alza a pocos pasos del río.

¡Cuán frágil e inconstante nuestra existencia! No hace mucho, cuando el otoño empezaba a amarillear las hojas de los chopos, Pedro y yo paseábamos sin miedo y cabalgábamos por las laderas que ahora diviso sentada en el poyo junto a la ventana, ansiando su regreso. Desde que partió mi amado, evito salir de palacio. Apenas recorro el mismo camino que la reina doña Isabel hacía hasta la iglesia donde al clarear el día voy a rezar. Después visito el hospital y a las mujeres que viven en él, las ayudo en lo que puedo llevándoles vino, comida o en ocasiones ropa. Cambio las ligaduras a Guiomar, una vieja enferma desdentada a quien cualquier presencia terrenal atemoriza y que, dicen, enloqueció cuando siete años atrás, en 1348, se le murieron los hijos a consecuencia del segundo gran brote de peste bubónica, que asoló el te-

rritorio y arrebató la vida a tantos inocentes, de ahí que lo llamaran el «segundo diluvio». En aquel mismo año y también de peste murió Leonor, la hermana menor de mi amado, dejando a los reyes de Portugal, que habían tenido siete hijos, solo con dos, mi amado Pedro y María, cuya vida siempre careció de suerte o alegrías.

Guiomar, a la que las gentes habían apodado *La posesa*, tenía una historia triste y desgraciada común a tantas otras mujeres del pueblo. Nunca se le habían conocido padres, de ahí que la criaran los vecinos y que fueran gentes de bien quienes le procuraran alimento, ropa y cobijo. Apenas su cuerpo había empezado a medrar cuando, aun siendo solo una niña, se hizo mujer de mal vivir, una de esas almas perdidas que entregan el cuerpo a cualquier hombre a cambio de dinero. Un boyero gallego que había llegado hacía poco a la aldea quedó prendado de ella y, sin importarle su condición, quiso desposarla. A Guiomar ni le gustaba ni sentía cariño por él, pues era gordo, desdentado, seboso y tramposo. Y además ya viejo, pero cuando una mujer se entrega a los hombres a cambio de dinero sabe que lleva la deshonra marcada en la piel. Tornar a la condición de doncella casadera era casi un milagro, por eso casó con el viejo y, para espanto de la aldea, se convirtió en una mujer seria y honrada.

## Mi querida Inés

Los años pasaban y Guiomar era feliz. Y con cada año que transcurría llegaba un hijo que ella y el marido veían como un regalo de Dios. Pero el mismo Dios que les había concedido tan ilusoria felicidad, despiadado con los pecadores, no les dio tregua tras su redención y, en el espacio de una luna, se llevó consigo a los cuatro hijos.

Dicen que cuando el último de los cuatro, todavía un niño de pecho, se le murió en los brazos, la mujer enloqueció de inmediato, ciega de rabia y rencor contra cualquiera que hubiera sobrevivido. No volvió a levantarse del catre, en él se retorció y gemía como una condenada, hasta que una noche de luna llena, echando espuma por la boca, intentó matar al marido con una daga. Este, empavorecido, rogó a la abadesa del convento que la internase en el hospital fundado por la reina doña Isabel.

Puede que Guiomar esté loca, pero me deja que la cuide. La calma mi presencia, me llama «Ángel del Futuro», a saber por qué. Mientras la ayudo a lavarse, suelta intrincadas retahílas en las que mezcla su vida con la de otras mujeres, como en un libro hecho a retazos donde cada página contiene una historia diferente de la anterior. A veces llora y a mí se me llenan los ojos de lágrimas por piedad, pues también soy madre de cuatro hijos y, desventuradamente, como tantas mujeres que han dado a luz, conozco el dolor infinito de que el Señor llame con premura a uno de nuestros ángeles.

Guiomar es una más entre las muchas mujeres que el hospital tiene recogidas. Conoce todos sus entresijos y se sabe la historia de todas las mujeres, tanto las que viven en él como las que ya partieron al otro mundo.

El Palacio Trasero donde vivo — así llamado por estar situado detrás del Palacio Delantero, que la reina quiso que se levantara como hospital para los pobres a los que la vida maltrata —, si bien es pequeño nos basta, pues en él siempre fui muy feliz. Allí fue donde nació mi querida Beatriz y donde la bautizamos.

Tengo añoranza de los tiempos que pasamos en el Palacio de la Sierra, un lugar mágico entre la sierra de Pescaria y el puerto de Atouguia da Baleia. Allí me sentía libre y sin temor de nada. Pedro y yo éramos más jóvenes y por ello ajenos al mundo que nos rodeaba; vivíamos el uno para el otro, despreocupados y sin temor, un tiempo perfecto que nunca volverá.

Es a Pedro a quien más le gusta vivir aquí. Dice que estas tierras están impregnadas del espíritu de su abuela, sepultada en el convento, que aquí nadie puede hacerme daño. Pero siempre que Pedro parte de viaje yo noto una opresión en el pecho, como si sintiese próximo mi fin. Me asalta ahora, más veces de lo que mi valor tolera, un continuo sobresalto que me seca la garganta y las palmas de las manos. Eso debe de ser lo que el mundo llama miedo.

## Mi querida Inés

Por estos pagos las mujeres muestran para conmigo una cortesía forzada, más por temor a Pedro que por otras razones. Ninguna se atreve a hablar, pero yo sé que para ellas es un sacrilegio acoger a la barragana del infante bajo el mismo techo donde la reina doña Isabel pasó sus últimos años, imbuida de la paz que, dicen, procura la beatitud, entregada a Dios y despojada de todos los lujos, como una buena clarisa.

En cuanto a las monjas, como manda la tradición de la fundadora, solo las veo cuando voy a servirles el almuerzo al refectorio. También lo hizo la reina doña Beatriz, madre de Pedro, junto a su suegra, la reina doña Isabel que en la Gloria esté, y la abadesa así dispuso en mi favor, concediéndome tamaña honra.

La abadesa, doña Isabel de Cardona, sobrina bastarda de la fundadora y protegida de esta, es una mujer ya de edad y no obstante por ventura bien conservada. Me place su mirada serena, su sutil voz de mando, sus manos, que encuentran en el rosario la fuerza necesaria para dirigir este pequeño mundo. Me llega al corazón de madre ver el cariño con que trata a mis hijos y la sencillez con que se dirige a mí. Siento que me aprecia y me protege, pese a la parquedad de sus palabras, con su recogimiento diario en un diálogo silencioso con el Señor, arrodillada junto al altar, como es práctica entre las religiosas. Parece no tener miedo de nada, tal vez por ser superior a cuantos hombres conozco. Ni siquiera mi señor, al que todos te-

men por su carácter imprevisible y colérico, le hace temblar o bajar la cabeza. Me place y siento que en el fondo de su piadoso corazón me acoge como a un alma buena, aunque, a su parecer, la pasión a que me entrego no sea una forma pura de amor. Es con certeza más sabia e infinitamente más generosa que yo, que no consigo entender a estas mujeres.

¡Cuánta extrañeza me causan las que en cuerpo y alma se entregan al Creador! Su castidad como prueba de amor a Dios no les permite comprender mi existencia de madre y esclava de mi señor mortal, si bien él nunca me haya visto como tal y siempre me haya dicho ser él mi vasallo, siervo de mi corazón. Mas ¿qué pueden saber las monjas del verdadero amor, si la carne de sus cuerpos se ha secado en nombre de un Dios invisible que nunca podrá abrazarlas? Viven adormecidas con el fin ciego de salvar su alma día tras día, año tras año, sin honrar lo que a mi parecer es la misión de la mujer en este mundo, la de amar y procrear a fin de dejar también ella su legado. Para ello me educaron en cuanto despunté como mujer, mi misión siempre fue servir a Pedro, mi señor, del mismo modo que las monjas sirven a Dios día tras día, año tras año, rezando y ayudando a los pobres, tal como hiciera la fundadora de la orden. Entiendo la devoción de la reina doña Isabel, que dedicó su vida a practicar el bien pacificando el reino al menos dos veces: una tras la muerte de don Dionisio, cuando



## Mi querida Inés

Alfonso, su hijo legítimo, entró en guerra con Alfonso Sanches, el hijo bastardo; y después, ya al final de su vida, cuando abandonó el convento de Santa Clara para recorrer el reino en mula hasta Estremoz con el fin de imponer la paz entre su hijo y don Alfonso de Castilla, enfermó en esa misma ciudad poco tiempo después.

La reina doña Isabel fue un ángel de bondad. Recogió huérfanos, rescató a mujeres de mala vida, fundó hospitales para pobres como los que visito en el Palacio Delantero, cumpliendo con su deber de reina tan bien como quizá ninguna otra llegue a hacerlo en todo este reino, hecho de hombres rudos y mujeres de suaves maneras y carácter fuerte. Pero al hacerlo ya había dado descendencia al reino, había cumplido con su función de mujer, de ahí que tenga en gran estima su obra y su memoria, bien distinta de la extrañeza que me causan estas mujeres a las que apenas veo el rostro a causa de la clausura, para quienes la carne que las mantiene vivas resulta desdeñable.

¿Cómo puede una mujer sentirse completamente feliz sin gozar del placer que el cuerpo procura? Hay misterios de fe que nunca lograré entender por más que me esfuerce, y este es uno de ellos.

Hoy temprano, en cuanto amaneció, la abadesa ordenó que todos cuantos viven en las dependencias del

convento se reunieran para la celebración de la misa del primer día del año, día de San Silvestre. Me levanté del lecho sin esfuerzo, pues las noches sin Pedro las paso en una vigilia de espera y ansiedad en que no logro dormir profundamente. Mi cuerpo se ha habituado a esta soledad poblada de recuerdos y sueños, de ahí que en ella logre descansar, pues es en ella donde mi mundo despierta y se agita y es también donde encuentro la paz necesaria para enfrentarme con los horrores del mundo. Me negué a despertar a mis hijos, pues dormían como ángeles; hace mucho frío, la escarcha cubre los tejados y los árboles de la aldea, no quiero que se resfríen. Ciertamente Dios no va a castigar a unas almas tan puras por no visitarle en Su casa.

A petición de mi querido Pedro, la misa de Año Nuevo fue celebrada por su gracia don Álvaro Gonçalves Pereira, quien vino ex profeso de Crato para tan solemne acto. Don Álvaro, prior de la Orden del Hospital, es valido del rey y un buen amigo de Pedro, hombre valiente y de buena estirpe, hijo de don Gonçalo Pereira, arzobispo de Braga, uno de los grandes héroes de la batalla del Salado.

Don Álvaro ofició la misa para las gentes del pueblo que habían ido a rendirle homenaje. Traté de que mi presencia pasara inadvertida tras una columna de la iglesia, a la izquierda del pórtico de la entrada, después de haberme puesto el vestido negro más sencillo y ocultar mi cabello rubio bajo una cofia de

terciopelo azul oscuro. Ni por una vez desvié la mirada del altar para rezar por la salud de mi señor y de nuestros queridos hijos, aunque también para que la gente no me reconociera en mí, y no respiré hasta el fin de la ceremonia cuando salí en dirección al palacio sin que nadie hubiera reparado en mi presencia. Lo que también contribuyó a mi tranquilidad fue la protección de Teresa Gallega, mi querida aya, al adelantarse para escoger nuestros lugares.

Casi habíamos llegado al Palacio Trasero cuando oímos tras nosotras ruido de pasos apresurados. Asustada me volví y vi, aún revestido con las vestiduras litúrgicas, a un muchacho macilento que balbució:

—Señora, la abadesa me manda a llamaros. Un asunto de gran importancia, el prior desea hablaros.

Teresa se ofreció a acompañarme, pero yo supe que la conversación no iba a requerir testigos, por eso regresé apresuradamente a la plaza de la iglesia, desde donde la abadesa, con mirada penetrante, me condujo hasta el recinto del atrio exterior. Cuando le pregunté la razón de aquel encuentro, ella evitó darme explicación alguna, limitándose a informarme de que don Álvaro había pedido autorización para hablar conmigo después de la misa. Ella había aceptado, me pareció, a regañadientes.

El prior del Hospital ya me esperaba en el angosto atrio de techos bajos donde la abadesa me había conducido con su paso firme y decidido, dejándonos

solos a los dos. Después de saludarme respetuosamente y pedirme que me sentara en uno de los dos bancos que amueblaban el pequeño atrio, verificó que el cerrojo interior estuviera echado y entornó las contraventanas interiores para mayor intimidad, aunque yo viera miradas invisibles y oídos curiosos por todos los rincones.

—Doña Inés, he de hablaros de un asunto delicado —anunció aquel buen hombre de Dios. Siempre me había gustado, y a Pedro también. Dice mi señor que don Álvaro también tiene corazón de hombre y no vive únicamente cegado por Dios, ya que ha dado a este mundo más hijos de los que se puedan contar. Cree mi señor que comprende los caminos del corazón y que con él siempre estaré segura, pues no en vano ha recibido de él buenos consejos, aunque después hiciera lo que quisiera y no lo que le recomendaran.

—Señor, aquí me tenéis, os escucho.

—El asunto que me trae es delicado y muy serio, doña Inés. El rey don Alfonso anda inquieto, parece que en el alma de su hijo soplan vientos de guerra. ¿Qué podéis decirme sobre eso?

—No sé de qué me habláis, señor.

—¿No tenéis noticias de vuestros hermanos? ¿Sabéis, por ventura, dónde puedan andar ahora?

—Desde que don Pedro partió no he sabido nada de ellos. Durante la primavera y el verano a me-

nudo los he recibido en palacio, en buena medida desde que mi señor les concedió unas tierras en la región, no lejos de Coimbra. Pero hace días que no sé de su paradero. Hace ya algún tiempo, demasiado a mi parecer, que no tengo nuevas de mis hermanos ni tampoco de mi señor. Y solo Dios sabe cómo sufro y me atormento siempre que se ausenta.

—Mas ¿estáis al corriente de que don Pedro anda cabalgando por esas tierras de Portugal con don Álvaro y don Fernando? ¿Y que los tres planean declarar la guerra a Pedro de Castilla, nieto del rey don Alfonso?

—De eso nada sé, señor. Solo que Pedro partió hace ya más de siete días y que prometió que en breve regresaría. Sé que no quería dejarme sola y por ello quedó en enviarme un hombre de entre los de su guardia, pero que hasta ahora nadie ha llegado...

—Creo que sabéis más de lo que reveláis, señora. ¿Y qué me decís de las relaciones entre vuestros hermanos y Enrique de Trastámara, el bastardo que ambiciona el trono de Castilla? ¿No estáis por ventura al corriente de que vuestros hermanos y ese bastardo son aliados?

—Lo mismo os respondo, señor. No conozco los pensamientos de mis hermanos, bien sabéis que los asuntos de guerra no atañen a nosotras las mujeres.

—Habéis dicho la palabra «guerra», señora. ¿No será que sabéis algo que no me queréis revelar?

El hombre me miró como un ave de rapiña que observara fijamente a su presa desde lo alto antes de lanzarse sobre ella en mortífero picado. Empecé a sentirme coaccionada por él y noté cómo el miedo me asomaba al rostro, de nuevo el miedo, ese monstruo de mil cabezas sin corazón.

Instintivamente, me llevé la mano a la muñeca y agarré con firmeza el amuleto que Pedro me regalara, una higa de azabache que me protege del mal de ojo proporcionándome alguna fuerza para defenderme. No podía callarme en un momento tal, no podía dejarme vencer por el miedo, por eso respondí:

— ¿Por qué habría yo de esconderos algo, señor? ¿No os he dicho ya que tales asuntos no se discuten en mi presencia?

El silencio por parte del prior me dio el necesario respiro para enfrentarme a él, por ello me arriesgué yendo más lejos:

— ¿Y vos no habréis venido aquí por mandato del rey para espiarme y volver luego a la corte con las averiguaciones, traicionándonos a Pedro y a mí?

Hasta aquel momento habíamos estado sentados frente a frente. Ante mi provocadora respuesta en tono de pregunta, don Álvaro se levantó y empezó a dar vueltas alrededor de mi asiento, sin poder disimular su inquietud.

— ¿Cómo decís eso, señora? ¿Pues no sabéis que, aunque fiel a don Alfonso, es a vuestro señor a quien

he consagrado mi protección y dedicación enteras? ¿O habéis olvidado que mi querido y fallecido padre colaboró también en la educación de Pedro con el mismo amor que se da a un hijo y que siempre le aconsejó con la prudencia que guía a los hombres, cuando su deseo mayor es proteger a aquellos a los que aman? No dudéis de mi lealtad, pues siento vuestra duda como un insulto a mi persona y a mi familia.

Si estaba diciendo la verdad, y creía leer en su corazón que lo estaba, quizá no me deseara mal. Era posible que por amor a mi señor también quisiera protegerme a mí y de igual modo a mis hijos. Había de mantener la calma.

—Disculpadme, señor, mas sé cuanto dicen de mí en la corte. Todos me juzgan por lo que no soy. Sé que don Pedro teme casarse conmigo, pues no duda de lo que su padre es capaz, más después de que el Papa haya denegado la dispensa que hubiera autorizado nuestro enlace. Es verdad que desde hace varios años vivo con él amancebada como una vulgar concubina, sin la bendición de Nuestro Señor Jesucristo, y que tal osadía representa una afrenta para el rey y para el pueblo. Todos me ven con malos ojos, pero vos sois testigo de cuán puro y profundo es nuestro amor. Lo he amado desde niña y doncella, he esperado muchos años hasta poder estar a su lado, le he dado tres hijos saludables, dos de ellos varones, y un día espero...

Me callé, si bien no a tiempo, pues aquel hombre adivinó el final de mi frase. ¿Oh, Dios mío, por qué había hablado tanto? ¿Por qué había dicho tales disparates? Estaba perdida.

—Un día esperáis, decíais...

—Un día espero, señor mío, que todos los malentendidos queden resueltos.

El prior me miraba mansamente. No creía ni una palabra de lo que acababa de decir, aunque no tuviera valor para contrariarme. De nuevo se dejó caer en el asiento de madera y cuero con un gesto de abandono. La misión que le habían encomendado aquel día por ventura le parecía ahora más difícil de lo que había imaginado.

Para los hombres es siempre difícil entender el pensamiento de una mujer, tal vez por ello desconfiara tanto de mis palabras, aun creyendo que su corazón le decía que estaba diciendo la verdad. Mentir a tan alto dignatario de Dios hubiera sido como mentir a Nuestro Señor Jesucristo. Le notaba alterado e inquieto, mucho más de lo que aparentaba.

Don Álvaro cambió de táctica y decidió desviar la conversación hacia otro asunto.

—El rey teme por la vida del pequeño infante don Fernando, señora.

—¿Por qué? ¿No se halla el hijo varón de mi señor protegido siempre en todo momento?

—Mas si él muriese, por linaje, serían vuestros hijos los más firmes candidatos al trono de Portugal...



Finalmente, también los hombres buenos albergan malicia. Lo mismo que en los más valerosos medra el alma intrigante. No existen hombres buenos ni hombres puros. La pureza no es terrenal, solo se encuentra en los ángeles y en los niños, que no son sino ángeles en la tierra, y que la pierden en cuanto se ven obligados a enfrentarse a la maldad del mundo. Ese hombre finalmente era tan peligroso como cualquier otro; fingí que no daba crédito a lo que me estaba queriendo decir.

—Sabéis que el infante ama a su primogénito y ve en él al futuro del reino. ¿De qué habláis, pues?

—De vuestros hermanos, señora. El rey teme que anden tramando un plan para matar al pequeño don Fernando.

Las insinuaciones de semejante víbora me sacaron de quicio, por eso respondí con el corazón henchido de orgullo, el orgullo de los Castro.

—¡Eso es innoble, mis hermanos son caballeros valientes y justos! ¿Cómo osáis con vuestras palabras insultar a hombres cuyo linaje y conducta debían estar por encima de intrigas infundadas? ¿Habéis olvidado que descendemos de mi muy digno padre don Pedro Fernández de Castro, señor de Lemos, quien añadió a su escudo de armas la valentía, pues fue conocido como «el de la Guerra»? ¿Y no sabéis que mi abuelo Fernando Rodríguez de Castro sirvió siempre en la corte portuguesa, pues fue amigo y valido del rey don Dionisio? ¿Y que este le concedió tierras entre el

Duero y el Miño por servicios a Portugal? Mis hermanos honran la sangre que les corre por las venas, señor, ellos nunca serían capaces de tal villanía. ¡De hacer la guerra os aseguro que la harían espada en mano y no a golpes de traición vil y mezquina, valiéndose de artimañas de mujeres y cobardes como el veneno!

— ¿Admitís, entonces, que puede haber una guerra, señora? ¿Y cómo habláis de veneno? Son palabras vuestras, no mías...

¡Dios mío, qué necia e imprudente fui! Una vez más me había traicionado mi lengua desatada. De niña ya padecía de este defecto, hablaba sin pensar ni medir lo que decía y en ocasiones iba demasiado lejos cuando, sin habilidad ni estrategia, dejaba que mis propias palabras se volviesen contra mí.

— Nada de eso, señor. Lo que querría que vuestra ilustrísima entendiese es que mis hermanos nunca cometerían un acto tan vergonzoso. Y el hecho de ser guerreros por naturaleza no quiere decir que anden ahora urdiendo una guerra.

Y para que no le quedasen dudas, usé de la mejor arma que una mujer posee, además de sus encantos físicos y dotes de alcoba: la fragilidad y el temor de Dios. Le tomé las manos sintiendo sus gruesos dedos y su piel reseca, le miré a los ojos y dije despacio y en voz baja aunque firme:

— Señor, os juro por la salud de mis hijos y por mi propia vida que nada sé de lo que me habéis

hablado. Os puedo asegurar que don Pedro, mi amantísimo señor, en ningún momento habló de declarar la guerra a Castilla, al menos en mi presencia. Por favor, creedme, señor, os hablo con el corazón en la mano, nada tengo que esconder, ni a vos ni a Dios.

El prior de la Orden del Hospital tomó mis manos finas y blancas entre las suyas y en mis ojos vio que decía la verdad.

—Tenéis razón, señora. Disculpad tamaña afrenta, mas vivimos tiempos difíciles de peste y traición. El mundo está infestado de fuerzas del mal, solo la fe en el Altísimo puede salvarnos.

Una sombra oscura y funesta oscureció su mirada cansada. Apretó con más fuerza mis manos menudas entre las suyas, respiró hondo y, dirigiéndose a mi ánima frágil, inquirió por vez postrera:

—¿Tenéis la certeza de que el infante no anda conspirando con vuestros hermanos contra Castilla? No puedo partir sin respuesta, so pena de arriesgar vuestra vida...

Respondí con el silencio, petrificada por un súbito y descontrolado terror, sin conseguir articular una palabra, limitándome a mover la cabeza despacio en señal de negación.

—En tal caso, confío en vos y en vuestra palabra. Sin embargo, no os puedo garantizar que el rey y sus hombres os crean como hago yo.

Y, sin darme tiempo a responder, salió con la cabeza baja, derrotado al irse sin noticias, aunque aliviado también por no tenerlas. Ojalá esta noble alma lograra llevar hasta el monarca mi inocencia, pues también de ello dependía mi vida.

¿Cómo podía el rey pensar que yo sabía de conspiraciones? ¡Por Dios, soy tan solo una mujer! Tuve la suerte de aprender a leer y a escribir merced al buen corazón de don Juan Manuel, noble y poderoso señor de las tierras de Galicia, quien me crio como si fuese de su sangre a la muerte de mi querida madre, siendo yo niña aún, sin distinguir entre yo misma y su querida hija Constanza. Puede que sea una dama más letrada e instruida que muchas reinas, pero ello no hace de mí un alma pérfida y calculadora. Todo cuanto ambiciono está a pocos pasos de este atrio, en el cuarto contiguo al mío: el sueño inocente y sereno de mis tres hijos, su alegría y su salud. Ellos son mi vida, nada más me interesa. Ellos y mi amo y señor, que tanto tarda en regresar.

¿Dónde andas, mi amor mayor? ¿Por qué me tienes aquí cautiva, en este lugar donde la culpa y los fantasmas me persiguen? Quiero sentarme de nuevo junto a la Fuente Nueva, oír cómo cantan sus aguas nuestro amor a una sola voz, ocultarme de ese mundo horrible y cruel que se obstina en verme como una maldición, olvidarme de tanta perfidia y maldad como

## Mi querida Inés

nos rodea y ser tuya una vez más; sentir tus dedos en mi cuerpo aún terso, deleitarme en el vigor de tus muñecas guerreras rodeando mi cintura, que la maternidad no ha borrado, respirar tu aliento cuando acercas la cara a mi cabello rubio que tanto amas, sentirte entero dentro de mí como un caudal de pasión y de fuerza que nunca se agota ni muere, en la esperanza de que me des aún otros hijos saludables como los que Dios nos ha enviado. Perderme en el placer indecible que el mundo solo concede a las meretrices y a las mujeres réprobas, cerrar los ojos para verte mejor, y a tu regreso, como señales de lo Divino, descubrir nuevas estrellas, brillos funestos y deslumbrantes, y sentir en lo más profundo de mi alma que soy tuya, que te pertenezco íntegra y por entero, que este amor es tan hondo, tan hermoso, tan verdadero que ni toda la maldad del mundo lo puede destruir. ¿Dónde estás, señor absoluto de mi vida y de mi muerte?

Es a ti a quien espero cada instante, sueño contigo despierta, te veo en los rasgos de nuestros hijos, pues en todas partes estáis y todo sois para mí. Por eso te pido, por todo cuanto de sagrado hay en nuestras vidas, por nuestro amor y por la salud de nuestros hijos, que regreses presto, mi amor mayor, antes de que los vientos de la desgracia que hoy se anuncian irruman por las puertas de mi morada para segarme de esta tierra y entregar mi alma perdida de dolor y desesperación al Creador.